

“Oasis de agua y chocolate”, presentado bajo el pseudónimo “Beluga aérea”:

Las aves estaban disfrutando del buen tiempo después del largo frío. Esta alegría la cantaron y bailaron en lo alto del cielo. Se peleaban, discutían, contaban historias, se amaban. Era como si sus canciones hubieran movido la cortina y un rayo de sol se hubiera deslizado por el hueco.

Salimos temprano. Además de sonrisas y buen humor, llevábamos algo de ropa.

Nada más. El equipaje era ligero, era ligero también en nuestras almas.

El paisaje estaba cambiando lentamente, casi imperceptiblemente.

Los campos de naranjos que pasábamos estaban contruidos pacíficamente en hileras de ramas levantadas como manos en oración hacia el sol.

Se alternaban con interminables alfombras de alcachofas verdes, ensaladas y coles.

Esta suavidad y colores hacían soñar al alma con mirar el frescor y el aroma de la tierra y todo ello, como los naranjos, incitaba a levantar las manos al sol.

El camino serpenteaba suave y perezosamente y de la nada cayó un hilo. Una pequeña araña estaba tejiendo una red. Sus rápidos movimientos giratorios empañaron la vista. En este trance vi el paisaje de Nuévalos como una anciana. Sabia y buena. Con un vestido amarillento que ha ido perdiendo sus colores durante el tiempo, aplastado y desgarrado. Sobrevivió mucho pero sigue aquí con su tierra firme.

Pequeños pueblos aparecieron como parches. Las vides, como viejos, se retorcián y se doblaban y hacían compañía. El hilo se rompió, la araña escapó, sus ojos se iluminaron.

¡Qué dura es la tierra y qué hermosa! Cuánto dolor hay en la tierra seca y en contraste cuánta alegría nace con el vino que de ella se exprime.

Se mostró una mancha en el color arena. Creció y se adentró en la distancia del camino. Olía a frío, a agua y hasta pienso que a chocolate. Dos pájaros volaron alto en círculo. ¿Nos estaban vigilando, o tenían otro trabajo?

Un oasis fue revelado. Una gran creación de la naturaleza tomó un pincel en la mano y audazmente usó el verde. Arregló, esparció, cosió y cosió.

Quizás esta belleza la eligieron trece monjes en 1194 para crear un monasterio dedicado a Santa María la Blanca.

Aquí, el agua fluye en los arroyos y recita poemas, canta una canción olvidada hace mucho tiempo. Luego, cansada, se tiende en el lago, tranquila y tersa como un espejo.

Los patos coquetean y miran la superficie para lucir su belleza. A continuación, una cascada como la cola de un caballo. El agua cae desde arriba y toma la forma tan familiar de este hermoso animal. Ahora está claro por qué la llamaron así. Si te fijas bien, lo ves temblar y te lo imaginas al galope.

Después, en la cascada Trinidad tan majestuosa, el agua tiene prisa, salta y salpica gotas, se vuelve blanca con rabia cuando se encuentra con una roca que ha bloqueado su camino. Arriba en lo alto, la luz del sol se encuentra con las pequeñas gotas y se ríe en todos los colores.

El puente se estira sobre Los Vadillos y como viejos conocidos hablan, el agua cuenta maravillosas historias asombrosas, tal vez inventa pero nunca calla, y el puente escucha sin interrumpir. Así ha sido durante mucho tiempo, están acostumbrados.

Un gorrión sin preguntar llegó muy descaradamente y cantó. Menos mal que los gorriones no saben que no pueden cantar. Por eso nadie le hizo caso.

El agua fluye hasta la siguiente cascada, luego del cansancio casi se queda dormida en el lago Edri (Truchas). Con importancia y arrogancia, el agua, aburrida, vuelve a correr, recuerda que tenía prisa por llegar a alguna parte.

Y aparece de nuevo en una cascada. - Cascada la Caprichosa, que cumple deseos, dicen. Nada más se tiene que cumplir. Aquí está la belleza hecha realidad.

Un búho aterrizó tranquilamente en una rama cercana. Dos enormes ojos han reunido la sabiduría del tiempo y guardan secretos de tiempos pasados. Las dos águilas seguían cantando arriba, custodiando este jardín, con su atenta mirada.

Las ramas temblaron, las hojas susurraron algún secreto, comenzaron a alzar la voz incluso antes de pelear, se quedaron en silencio. El olor a chocolate. De nuevo.

Quizás magia. O la araña giraba y volvía a entrelazar la verdad y la fantasía. Una sombra se estiró. Larga y gruesa. Se arrastró como un gato perezoso. Detrás de ella, toda la iglesia se levantaba: aquella iglesia que vio y escuchó mucho, dando la bienvenida y devolviendo a los fieles a su camino. Ahí sigue, apoyada en una rodilla, que apenas está soportando, pero aguanta. Junto a ella, el monasterio se acostó y tomó el sol. Aquí su corazón derramaba chocolate. ¡Oooh sí! Es aquí donde por primera vez empezó el cuento sobre el chocolate, que se ha relatado innumerables veces, y aún no se ha completado.

La araña enredó su tela, hábilmente. Hacía círculos en los que luego bailaba. ¿Aún huele a chocolate? ¿Fue por él que apareció esta belleza mágica, o gracias a ella él era tan mágicamente dulce?

El búho también sigue ahí y lo sabe todo, pero no lo dice.